



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13937

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 150 pías.—Tres meses, 450 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MARTES 12 DE MAYO DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos postales en París Mr. A. Lonské, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 51, Faubourg M. D. Martre.

CUESTIONES SOCIALES

Retiros para obreros

Una de las cuestiones más trascendentes y que más preocupan á los gobiernos de todos los países, es, sin duda, la cuestión social.

Los pensadores que siguen con interés estos importantísimos asuntos, tienen hoy puesta su mirada en la cultura y progresiva Inglaterra, que acaba de presentar al Parlamento, el nuevo presupuesto, en el que se ha establecido una reforma de tanto interés como la creación de pensiones para los obreros ancianos.

En Inglaterra, país rico, los ingresos del Tesoro son muy considerables y la deuda pública, al contrario de lo que aquí ocurre, es menor cada vez. Esta prosperidad, debe reflejarse en beneficio de todos los ciudadanos y los que más directamente han de experimentar, son los inválidos del trabajo. Allí, no se conocen los conflictos del proletariado; pueden existir crisis industriales y mercantiles, crisis políticas y económicas, pero la crisis pavorosa del hambre, es desconocida.

Los gobiernos, con una previsora prudencia, aplican los sobrantes del presupuesto al remedio de los males colectivos, y solamente los vagos de profesión son objeto de rigurosas persecuciones.

Los ancianos obreros á quienes el Estado inglés, pensiona, son apóstoles del trabajo, á quienes se les tiende una mano compasiva, cuando por su edad, por sus achaques no pueden ya producir ni ser útiles para el trabajo.

La ciencia social es en Inglaterra una religión de humanidad, de abnegación y de amor, que acude en ayuda de los buenos, no con lirismos, sino con algo más práctico, con pensiones que les pongan á cubierto de la miseria y de las privaciones.

El derecho á la vida, es allí la más firme y sólida columna del edificio social; pero eso no existen ni pueden existir esas enconadas luchas, entre los desesperados que viven en la miseria y los guardadores de la paz pública, que son á veces defensores de monopolios é injusticias, de privilegios y excepciones.

Des del primero del año próximo, el Estado británico hará efectivas las pensiones á los ancianos inválidos del trabajo. La iniciativa no puede ser más justa ni más honrosa, para los que otorgan la merced y para los que la reciben.

No hay que soñar con reivindicaciones sociales, ni con otros procedimientos que resultan lirismos puros. El derecho á la vida, garantizado por la fórmula inglesa, es el mejor remedio para esta clase de males sociales, que sólo pueden resolverse, haciendo partícipes en una medida prudente y reguladora á todos los ciudadanos en la prosperidad nacional.

Hagamos votos porque en día no lejano, pueda imitarse en España una conducta tan humanitaria y tan progresiva.

Notas alegres

LA LANGOSTA CALLEJERA

La terrible plaga de la langosta, está haciendo grandes estragos, en diversas comarcas, y con ese motivo se hace gemir á las prensas, en demanda de auxilios para remediar esa calamidad pública.

En materia de calamidades y de plagas, más ó menos públicas, se ha

dicho mucho, pero todavía, no es lo suficiente; pues, *hailas*, que, decía, el otro, para todos los gustos y al alcance de todas las fortunas.

Las plagas y las calamidades del campo son dignas de lástima, mejor dicho, los dignos de compasión, son los que las padecen, gentes por lo general rústicas, á quienes nunca falta, alguna ayuda para contener el progreso de esos males.

Pero ¿qué me dicen ustedes de las plagas y calamidades urbanas? Para éstas no hay preparaciones sulfatadas que destruyan el canuto, ni fondo de calamidades públicas que remedien el quebranto experimentado.

Y eso que las plagas de la urbe y las calamidades callejeras no tienen fin. Ahí están los pobres de oficio, interrumpiendo siempre al transeunte, las criadas (para todo servicio) sacudiendo alfombras á todas horas; ahí están, los repartidores de circulares, padrones y cédulas; llamando á todas las puertas y en fin, ahí están brillando por su ausencia, los «del orden» que nunca se encuentran cuando hacen falta.

Estas y otras calamidades y plagas, no hay medio ni forma de combatir las ni desterrarlas, porque constituyen una especie de segunda naturaleza de carácter público, y así como en las casas viejas hay ratones y cucarachas que realizan impunemente su obra destructora, porque los gatos cómodamente repantingados en sus almohadones ó butacas, dormitan muellemente, del propio modo, la langosta callejera y los ratas del arroyo, realizan sus estragos sin el menor contratiempo.

Nadie piensa en suprimir la cordillera para esos gatos, ni en prescindir del inútil concurso de tales felinos, pero el hecho es que ni estos sirven para nada, ni las calamidades y plagas callejeras tienen remedio... ¡porque nadie quiere cargos con responsabilidades!

Y á esto llaman civilización, progreso, higiene, administración, vigilancia, celo, etcétera, etc. «Risum teneatis!»

ABEL IMART.

Acto de la Extranjería

UN BESO QUE SALVA

La señora Carlón, vecina de Foubert, contraía una enfermedad cuyo último episodio, según la prensa extranjera, ha podido ser felizmente. Creyeron sus familiares que había muerto, y ratificada esta opinión por el diácono médico, le amortalizaron y quedó en el ataud expuesta á la piadosa contemplación de las gentes.

Al acercarse la hora de colocar el féretro en el carruaje fúnebre, el marido de la supuesta difunta pidió que le dejaran sólo con ella. Retirándose los circunstantes, y entonces, inclinándose sobre la que yacía con la rígida inmovilidad de una muerta, aquel beso sus mejillas llenas, los ojos, de lágrimas.

Al hacerle, notó que no tenía la frialdad marmórea presumible, en quien había exhalado su último aliento veinte horas antes.

Se fijó bien en los ojos, de la sorprendida, y aunque no pudo advertir otro signo de vida, apresuróse á llamar á un doctor para que reconociese á su mujer antes de su sepelio, mostrando con gritos de alegría la esperanza de que no fuese cierta la muerte.

En efecto, el médico accedió á reconocerla; dispuso que la sacara del ataud y se la llevara pronto al hospital,

tal, porque vivía, aunque hubiese inducido á creerla cadáver el sueño cataleptico que estaba padeciendo.

La doliente recobró la salud en la Casa de Misericordia, y contó todo lo que había visto á su alrededor cuando se la juzgó muerta, pero que no podía moverse ni hablar, aunque supo en los primeros momentos que se preparaban á enterrarla.

Vió también perfectamente cómo se retiraban los que habían asistido al velatorio y cómo se inclinaba sobre ella su marido para besarla. Sintió el beso en su rostro, mas le fué imposible comunicar al exterior su conciencia de lo que sucedía.

Sin la casualidad de haberse fijado el marido en el tibio calor del rostro de la enferma, la señora Carlón hubiera sido enterrada antes de morir.

PAGINA LITERARIA

La felicidad de una vida

En el antiguo Japón y en la ciudad de Tokio había un sabio profesor llamado Laku-Fu, el cual estaba casado con una señora de lo más principal de la ciudad. Era ésta una joven de todas prendas, hermosa, elegante, discreta y virtuosa, en extremo. Y se querían entrañablemente, tanto, que en la capital del Japón eran citados con frecuencia como modelo de esposos.

Al cabo de algunos años de matrimonio, sin que hubieran aún tenido hijos, Laku-Fu empezó á ponerse demacrado y febril, por lo cual se fué á consultar sobre su enfermedad, con todos los médicos más sabios del imperio. Pero, más remedios que le ordenaban ninguno le curaba, y sólo muy pocos le aliviaban, pero era para caer luego en un estado peor que antes de tomarlos. Por fin se fué á consultar su dolencia con el gran sabio Toki-Tun, que era el médico mayor del Taikun. Este lo examinó, le tomó el pulso á media noche, miró los astros, y concluyó diciéndole en tono solemne:

—Vuestro mal no tiene cura; habéis vertido vuestro espíritu vital en vuestros libros, y una mala constelación os ha tocado en otoño, y por tanto sólo os queda de vida hasta la primavera.

Laku-Fu se fué á su casa, y como era un gran filósofo, tomó la cosa sin desesperarse. Desde aquel día empezó á poner en orden sus papeles; terminó una obra que estaba escribiendo sobre las mariposas irisadas del Tibet; puso en limpio sus cuadernos de viajes á la China y al país del gran Mogol; liquidó su hacienda, lo mejor que pudo, y una vez hecho esto, un día, después de comer, llamó á su esposa y le dijo:

—Mira, yo estoy muy enfermo; sé que, sin remedio, voy á morir, dentro de pocos días, al entrar la primavera. En aquel momento, que hay dentro de mis estudios todos mis papeles. Encima de todo, hallaré dos legajos atados con cordones de seda. El que está atado con seda amarilla, es un tratado sobre las mariposas del Tibet; el que está atado con cordones verdes es el libro de mis viajes. Cuando yo haya muerto, públalos con la ayuda de Kiku-Maku, mi mejor discípulo. Dentro de aquel cofre de madera, encontrarás de papeles y la señal que que había encima de un tripode, bajo la liquidación de mis bienes. Esto te pertenece, y como tú eres joven y hermosa, te volverás á casar, y yo te aconsejo que te cases con Kiku-Maku, el cual es mi primer discípulo; porque te ayudará después de mí, y yo he notado que á él no le eres indiferente, y tú me has hecho muchas veces su elogio. Además, es joven, robusto, y bien parecido, y podrás tener hijos con él, ya que yo lo he tenido conmigo.

La joven esposa escuchó este discurso conmovida, y el buen hombre se puso en un llanto insoportable.

—No, no me casaré jamás después de tu muerte!—decía entre sollozos.—¡Primero moriré de pena! ¡Mi luto será eterno!

—Nada de eso,—replicó Laku-Fu.—Con tal de que lleves luto, y no te cases hasta que se acabe el montículo de tierra que pondrán encima de mi sepulchro, ya es lo bastante para casarse con Kiku-Maku ó con otro si mejor te place.

Es de advertir que en el antiguo Japón se acostumbaba á poner un montón de tierra encima de la tumba, encima del lugar en que se enterraba un muerto, para que se hundiese, al cabo de días se retiraba, y así quedaba cerrada herméticamente la tumba.

ba; luego le ponían una placa de porcelana con el nombre y cualidades del difunto en esa tumba.

La mujer protestó, y el sabio no hizo caso de sus protestas.

Al cabo de pocos días Laku-Fu falleció al entrar la primavera como había dicho el médico del Taikun. La viuda estaba inconsolable, tanto que tuvieron que vigilarla para que no se suicidara.

El día del entierro se formó una comitiva fúnebre que marchaba al son del «tam tam» y del «gong gong»; en la cual figuraba todo lo más selecto de Tokio. La viuda iba cubierta con un velo de seda, y acompañada de sus camareras. Al terminar la ceremonia del entierro, y al amontonar la tierra sagrada en forma de pirámide sobre la tumba de su marido, se desmayó, y tuvieron que llevarla á su casa en un palanquín.

De lejos seguía la fúnebre comitiva el fiel discípulo Kiku-Maku, todo conpungido.

A los diez días de muerto el maestro, Kiku-Maku se fué á hacer una visita á la viuda. La criada le dijo que hacía ya dos días que por la tarde salía con dirección al cementerio, donde estaba enterrado su marido. Kiku-Maku tomó aquella dirección, y una vez que hubo penetrado en los fúnebres jardines, divisó cerca de un grupo de crisantemos enormes á la viuda sentada en el suelo agitando un gran abanico, con tanta pisa lo volteaba, que de lejos parecía una enorme mariposa que revoloteara sobre de una tumba.

Se acercó y vió que efectivamente era ella que estaba haciendo alre el rededor de la pirámide funeraria.

—¿Qué hacía aquí, señora?—le preguntó el discípulo de su difunto esposo.

—¡Ah! ¿Sois vos?—exclamó ella lanzándole una tierna mirada.

—¿Por qué abanicáis así este montón de tierra?

—¡Para que se seque más pronto!

POMPEYO GENER

CONTRA LA EMANIGUEZ

Como en España hay tantas tabernas, y Cartagena quizás pueda en la estadística de esos establecimientos

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 40

Skinner se acercó á su mujer, y le habló al oído:

—Creo que este es el momento más oportuno para pedirte que nos suba el ascido... Está más contento que unas pasucas... ¡Qué te parece! Creo que todo eso es obra de su familia...

Y Skinner comenzó á reír, contentándose para no enojarse, una carcajada de la familia...

Bensington, con el alma inundada de luz y de alegría, no hallaba, no quería hallar nada de agradable en su estado. En verdad que el ascido que todo lo descubre, hacía más visible aquel día el desaseo de lo Skinner; pero Bensington no estaba para fijarse en semejantes puerilidades. El enrejado del gallinero estaba bastante, enropado, pero Skinner dió á su que que explicación satisfactoria; era indudable que algún perro, quizás un cerro...

Laego mostró Bensington una incubadora social. —Es mejor —dijo la Skinner remangándose los brazos y riéndose en las barbas, — que desde que estamos aquí, no hemos tenido tiempo de limpiarla.

Luego subió al piso alto con objeto de ver algunos agujeros de rata, que eran enormes y pedían á gritos una ratonera. Bensington observó que en el cuarto que servía para mezclar el alimento de los dioses con harina y salvado, todo

EL ALIMENTO DE LOS DIOS 37

recorrió por una se metió por los alambres, pero cuando me acerqué, me encontré á que no era así, porque los pollos estaban alegremente, y el gato ha desaparecido. Necesito que usted me diga lo que debo hacer; está para acabarse la comida mezclada y no me atrevo á hacer yo la mezcla desde que aceptó la del pudding. Espero las señas de ustedes y soy su fiel servidor. Skinner.

Lo del pudding era que los Skinner habían puesto en uso de aquellos Horaceofobos. Ellos produjeron unos dolores terribles.

Bensington leyó algo más entre líneas; leyó el triunfo deseado; leyó que su constante recibía el premio merecido y al día siguiente muy de mañana llegaba á la granja con tres botas de leche, en las cuales se le ofrecía alimento á los dioses en cantidad suficiente para alimentar todos los pollos del corral.

Lucía la primavera una de sus más hermosas mañanas, y como Bensington se sentía bien en los callos, se fué paseando hasta la granja, con millas y media, atravesando el parque, el pueblo y luego al verde estado de Hicklebrow. Los árboles brotes renovaban la vida en las ramas de los árboles, los prados se poblaron de flores, los bosques se cubrieron de almohadas, y se oía por todas partes el gorgor de las aves, evocando en la memoria del sabio el recuerdo de las aves cantoras.